

El mal fario del pozo Emilio

La explotación leonesa en la que murieron seis mineros en octubre está cerrada por los daños derivados de un incendio

Mieres / Langreo, Andrés VELASCO

Los últimos meses están siendo realmente duros para la Hullera Vasco Leonesa y sus trabajadores. Pero si alguien se está llevando la palma de las desgracias y la mala suerte son los trabajadores del pozo Emilio del Valle, ubicado en la localidad leonesa de Llombera. La más reciente de todas las vicisitudes por las que está pasando esta explotación minera ha sido un incendio que ha obligado a inundar el macizo noveno, el único que hasta la fecha se podía explotar, por lo que hasta nueva orden, el pozo permanecerá clausurado y la plantilla de la Hullera, que acaba de volver al trabajo, solo podrá entrar a la mina por el pozo Aurelio.

El pozo Emilio está viviendo un auténtico calvario. La primera tragedia sucedía el pasado octubre, cuando seis mineros perdían la vida en el pozo. Los informes confirmaban meses después que “el colapso brusco y posterior hundimiento de una bóveda cargada de carbón en una zona con gas metano provocó una desgasificación de grisú que causó la muerte por asfixia de seis mineros”. Entre las víctimas había un asturiano, el lenense José Luis Arias. También resultó herido otro trabajador de la región, el turonés Juan Manuel Menéndez, que posteriormente se recuperaría de las graves heridas que sufrió al intentar rescatar a sus com-

pañeros. El del pozo Emilio fue el mayor accidente en la minería de carbón española desde el registrado en el pozo Nicolasa en 1995, cuando murieron 14 mineros.

A raíz de esta tragedia, el macizo 7 del pozo Emilio quedaba cerrado, por lo que solamente se podía explotar carbón del noveno, ya que las reservas del macizo quinto ya se habían terminado y el undécimo aún está sin preparar para su explotación.

La grave crisis que sufre desde hace años el sector del carbón español también afectó de lleno a la Hullera Vasco Leonesa, que al igual que otras muchas empresas del sector, tuvo que acudir a la vía del expediente de regulación de empleo para toda su plantilla para tratar de salvar el envite de la crisis.

Tras cuatro meses en ERE, los mineros volvían hace un mes al trabajo, aunque no al pozo Emilio. Mientras la plantilla de la Hullera estaba regulada, y apenas quedaba algún trabajador para las tareas de mantenimiento, el macizo noveno, el único en el que se podía trabajar, sufría un incendio. El fuego no fue excesivamente grave, pero lo suficiente como para tener que inundar el pozo, y por lo tanto, inutilizarlo temporalmente para su utilización.

De esta forma, con el quinto macizo totalmente explotado, el séptimo cerrado por completo por el accidente, el noveno inundado por el incendio, y el undécimo



Las instalaciones del Pozo Emilio, en Llombera. | J. R. SILVEIRA

mo sin preparar, la explotación de la Hullera es ahora una mina fantasma.

Mientras, el resto de trabajadores están operando en el pozo Aurelio, única explotación en la que se puede trabajar, y por la que los

mineros pueden acceder a las entrañas de la tierra. Estas dos minas de León encuentran una analogía en Asturias, puesto que su sistema de trabajo es similar al del área de Sueros en Hunosa. El pozo Nicolasa, ubicado en la lo-

calidad mierense de Ablaña, y el pozo Monsacro, en Morcín, comparten galerías y ambas explotaciones están comunicadas por el subsuelo, pero funcionan de forma independiente en la organización del trabajo.

Velando el fuego

Casa tomada

■ Reflexión sobre el relato de Julio Cortázar en el centenario de su nacimiento



Javier García Cellino

Si bien son muchos los aspectos que me interesan del mundo literario, hay uno que quizás para mí sea el más atractivo y que consiste en ese viaje de ida y vuelta, en ese recoger y recibir que impregna cada uno de sus alientos. Se trata de la literatura entendida como herramienta que se alimenta de la sociedad, de cada una de sus vivencias cotidianas y que, al mismo tiempo, como expresión de ese doble itinerario, relaciona esos hechos y los aplica a la realidad de la vida. Podríamos decir que estamos hablando de la literatura como un espejo gigantesco al que todos nos asomamos alguna vez. Una literatura que, a fin de cuentas, intenta profundizar en nuestro suelo más íntimo, des-

velarnos tantos lugares que permanecen ocultos, aun no estando muy alejados de nosotros, hasta el extremo de que ni siquiera llegaríamos a sospechar de su existencia.

Estos días, y con motivo del centenario del nacimiento de Julio Cortázar, son muchas las reseñas y comentarios que se hacen sobre su obra. Podríamos resaltar su carácter innovador y original, la maestría en el relato corto, su fractura con los moldes canónicos, la huida de la regularidad temporal y su profundización en los aspectos psicológicos de los personajes..., por citar algunos aspectos. Pero no es mi intención referirme a la ética o estética que adorna la figura del maestro argentino, sino asomarme a ese espejo al que me refería más arriba y que en “Casa tomada”, uno de sus relatos más sobresalientes, a mi juicio, se erige en perfecto paradigma de unos tiempos como los actuales.

El argumento del relato hace

Se trata de uno de los textos más sobresalientes del autor y, a mi juicio, se erige en perfecto paradigma de los tiempos actuales

alusión a dos hermanos que siempre han permanecido juntos, viviendo en la misma casa e intentando apoyarse el uno al otro, de modo que ese territorio común que habitan no sea nunca presa de tantos intrusos (los depredadores de turno, ampliaría yo). Sin embargo, sus esfuerzos

a la poste acaban resultando inútiles, pues la casa va siendo tomada por ruidos extraños, susurros, vuelcos de sillas y demás signos que comienzan a desalojar a los dos hermanos de los huecos en los que se refugian, hasta que consiguen echarlos a la calle.

Me parece que no habría que romperse mucho la frente para comprobar que el cristal en el que nos miramos hoy está lleno de desconchones por todas partes. Que la crisis económica, y sus consiguientes ruidos, son una amenaza constante, que a nuestro alrededor no sólo se expanden susurros, sino que estos van en aumento y se han convertido en un griterío insoportable (despidos, amenazas de cierres, recortes en todos los sectores, despoblamiento de territorios: piénsese, a modo de ejemplo, en el vacío en el que está quedando el valle del Nalón). Y por si no fuera suficiente con esas manifestaciones, en muchos casos el volcar de sillas no

es más que el inicio de tantos desahucios que expulsan de casa a sus legítimos inquilinos.

Quizás pueda llamar la atención de la novela el hecho de la facilidad y resignación con la que los hermanos abandonan la casa. Aunque convendría recordar que en muchos casos el incremento de la fuerza de los intrusos tenga una relación directa con el decaimiento de ánimo. Cómo no ceder a la resignación cuando, y como se dice literalmente en el relato, “rompieron las cortinas”, las telas de los sillones”, llenaron de pelo las alfombras y también gritaron, gritaron como yo no creo que griten los conejos...”

Por continuar con el relato, si tuviera que ponerle un adjetivo a lo que está ocurriendo en el mundo, diría que se trata de una carrera, cada vez mayor, hacia la deshumanización. Entendido este concepto, desde un punto de vista filosófico, como el espejo en el que se refleja la dignidad y el valor de las personas.